

Que nosotros, tus hermanos,
seamos agradecidos
y estemos siempre dispuestos
a disculpar y a perdonar,
a comprender y a acoger,
a avanzar hacia delante,
a bendecir y a sembrar esperanza,
a buscar la justicia y la verdad.
Concédenoslo tú
que vives y reinas
por los siglos de los siglos.

Y la asamblea responde:

AMÉN.

Y después da la bendición y despide al pueblo de la forma acostumbrada.
Se puede concluir la celebración con un canto apropiado.

misericordiea encuaresmados mildiecisieste

SEMANA TERCERA

RECONCÍLIATE

Eres casa de Dios, imperfecta... con heridas... con sed...

Él te renueva y te abre nuevos horizontes.

Déjate perdonar y perdona.

VIACRUCIS

Y CELEBRACIÓN COMUNITARIA DE LA RECONCILIACIÓN

Esta celebración comunitaria de la reconciliación se ha unido un a un viacrucis alimentado de textos bíblicos que sirve al mismo tiempo como examen de conciencia y como expresión comunitaria de la petición de perdón a Dios.

Esta celebración del perdón será el signo especial común que se realizará durante esta semana tercera de Cuaresma. Podría hacerse el viernes tercero de Cuaresma por la tarde, para dar inicio a las *24 horas para el Señor*, que se muchas parroquias de la diócesis tienen asumidas como una práctica habitual desde el año 2014.

Para la celebración comunitaria se necesitan tres lectores: dos que proclamen los fragmentos de la Palabra de Dios y un que lea las peticiones de perdón. El ministro puede hacer el recorrido con un crucifijo por toda la iglesia, siguiendo las estaciones que hay en las paredes del templo. Los fieles podrían ir con él, pero quizá sea mejor que permanezcan sentado, ara que puedan poner más atención a los textos que se leen.

Si no se hace la celebración comunitaria, podría dejarse a los files el folleto de la celebración, para que de modo individua se preparasen a la confesión.

CANTO INICIAL

PERDONANOS NUESTRAS CULPAS.
SEÑOR, PEDIMOS PERDÓN.
ASÍ TAMBIÉN AL HERMANO
LE DAMOS NUESTRO PERDÓN.

Dijiste, Señor, que nuestro Padre,
perdona nuestras culpas con amor
si damos nosotros al hermano
la mano otorgándole el perdón.
Ahora, Señor, perdón pedimos,
sabemos de tu grande compasión
y damos a quien nos ha ofendido
la mano otorgándole el perdón.

Dijiste, Señor, que al más pequeño
tratemos sabiendo que eres tú.
Que el pobre,
el desnudo y el hambriento
son seres en los que vives tú.
Sabemos, Señor, que te ofendimos,
negándole al hermano nuestro amor,
por eso, Señor, perdón pedimos:
queremos un nuevo corazón.

SALUDO Y ORACIÓN INICAL

Después del canto inicial, el ministro saluda al pueblo de la forma acostumbrada. Explica con una breve monición la celebración que va a tener lugar y luego invita a todos a la oración. Después de un breve silencio, ora diciendo:

presencia, que jamás se les ocurrirá hacer comparaciones. Es por eso que dice con el desconcierto de un amante incomprendido: «¿Por qué tienes que sentir envidia por mi generosidad?» Podía haber dicho: «¡Vosotros habéis estado conmigo todo el día y os he dado lo que me habéis pedido! ¿Por qué os enfadáis tanto?» Es el mismo desconcierto que sale del corazón del padre cuando dice a su hijo lleno de celos: «¡Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo!»

Aquí se esconde la gran llamada a la conversión: mirar no con los ojos de mi baja estima personal, sino con los ojos del amor de Dios. Cuando miro a Dios como si fuera un terrateniente, un padre que trata de sacar lo máximo de mí al precio más bajo, no puedo menos que sentir celos, amargura y rencor hacia mis otros compañeros de trabajo, hermanos y hermanas. Pero si soy capaz de mirar el mundo con los ojos del amor de Dios y descubrir que la visión de Dios no es la del típico terrateniente o patriarca sino más bien la del padre que todo lo da y todo lo perdona, que no mide el amor que siente hacia sus hijos según lo bien que se comportan, entonces en seguida veo que mi única respuesta puede ser la de una profunda gratitud.

(Tomado de: H. J. M. Nouwen, El regreso del hijo pródigo)

ACCIÓN DE GRACIAS Y DESPEDIDA

Cuando todos han terminado de confesar, los sacerdotes se reúnen de nuevo en el presbiterio y el que preside hace esta oración de acción de gracias:

Te damos gracias, Jesús,
por el amor que nos has manifestado
en tus palabras y en tus obras.
Y por el sacrificio de tu vida,
que nos gana el perdón del Padre.

CONFESIÓN PRIVADA

Todos se sientan. Y os sacerdotes se colocan en los lugares destinados a oír las confesiones. Los fieles que lo necesitan se acercan, hacen su confesión de modo breve y reciben la absolución sacramental. Mientras que se está confesando, los penitentes pueden leer de modo privado el texto que se ofrece más abajo.

Cada vez que leo esta parábola (Mt 20, 1-16) en la que el amo paga por igual a los obreros que sólo trabajaron una hora como a los que habían «soportado el peso del día y el calor, surge en mi interior un sentimiento de indignación.

¿Por qué el amo no pagó primero a los que habían trabajado tantas horas y sorprendió luego a los que habían llegado los últimos con su generosidad? ¿Por qué, sin embargo, paga primero a los que habían llegado a media tarde, creando una falsa expectativa en el resto y un sentimiento innecesario de amargura y celos? Ahora me doy cuenta de que estas preguntas surgen de una falsa idea: que se pueden imponer al excepcional orden de lo divino los esquemas de la economía de lo temporal.

No se me había ocurrido pensar que lo que quería el amo era que los trabajadores de las primeras horas se alegraran al comprobar su generosidad para con los que llegaron los últimos. Nunca se me pasó por la cabeza que podía haber actuado desde la idea de que los que trabajaron en el viñedo todo el día se alegrarían de tener la oportunidad de trabajar para su jefe, y de comprobar el hombre tan generoso que era. Esto requiere cambiar interiormente y, así, aceptar una manera de pensar que no establece comparación alguna. Esta es la forma que tiene Dios de pensar. Dios mira a su gente como a los hijos de una familia, feliz al ver que aquéllos que han hecho poco son amados de igual manera que los que han hecho mucho.

Dios es lo suficientemente ingenuo como para pensar que los que pasaron todo el día en los viñedos se alegrarían al ver que los que estuvieron poco tiempo recibían la misma atención. Es más, es tan ingenuo que espera que todos estén tan contentos de estar en su

Señor Jesús,
queremos recorrer contigo
el camino de la cruz.
Nuestras cruces son tu cruz,
y tu cruz es nuestra cruz.
Danos valentía y humildad
para reconocer nuestras debilidades
y para pedir perdón.
Que no nos deje indiferentes
el caminar por la cuaresma.
Abre nuestros ojos para contemplar
la misericordia del Padre.
Concédenos tu fuerza
para cambiar de vida,
para cambiar nuestro mundo
y para edificar la comunidad cristiana
en la verdad y en la justicia,
en la fraternidad y en la gracia,
en la alegría y la esperanza.
Tú que vives y reinas
por los siglos de los siglos.

Y la asamblea responde:

AMÉN.

Y, acto seguido toma el crucifijo y se dirige a la primera estación. Con él pueden ir dos personas llevado velas.

Los tres lectores suben al ambón, desde donde se proclamarán los textos. Si hay atril, las peticiones de perdón, en lugar de hacerse desde el ambón se leerán desde allí. A las peticiones de perdón de cada una de las estaciones, el pueblo responde: “Señor, ten piedad”.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte

«Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuera crucificado» (Mc 15,15).

Jesús había dicho: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

Por nuestras críticas injustas;
por nuestros juicios inmisericordes
para con las personas;
por nuestras condenas
tantas veces dictadas
sin conocimiento de causa;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús carga con la cruz

«Tomaron a Jesús, y él cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota)» (Jn 19,16-17).

Había dicho Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16,24).

Por nuestra pereza y comodonería;
por escabullirnos cuando nos necesitan;
por nuestro egoísmo;

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es sepultado en espera de la resurrección

«Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús» (Jn 19,41-42).

Había dicho Jesús: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, lo matarán, pero resucitará al tercer día» (Mt 17,22-23).

Por nuestra desesperanza;
por nuestro derrotismo;
por nuestra inconstancia en el trabajo,
en el servicio y en la caridad;
por nuestras tristezas
que desaniman a los otros;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

Terminadas las estaciones, el ministro invita a la asamblea a rezar la oración dominical, puestos todos de pie, con esta u otras palabras parecidas:

Oremos ahora, hermanos, al Padre, con las palabras que recibimos del Señor Jesús, en las que pedimos a Dios que nos perdona como nosotros perdonamos:

PADRE NUESTRO...

y por nuestras aportaciones a ella;
por tantos gastos superfluos;
por la ostentación y el derroche
que hacemos incluso a veces
tomando pie en la eucaristía
y en el matrimonio;
por nuestras soberbia y prepotencia
que humillan a los otros;
por nuestras faltas de respeto a la vida;
por nuestra desatención
a los indigentes e inmigrantes;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

La Madre no se aparta del Hijo

«Junto a la cruz de Jesús estaba su madre» (Jn 19,25).

Había dicho Jesús: «Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 8,21).

Por nuestra falta de intimidad contigo;
por no valorar la oración
o por no dedicarnos a ella;
por nuestras múltiples y cotidianas
infidelidades a tu Evangelio;
por dejarnos llevar por las supersticiones
que infantilizan nuestra fe;
por no valorar los gestos
de cercanía y de ayuda
de quienes se preocupan por nosotros;
Señor, ten piedad.

por nuestra indiferencia ante el dolor
o las necesidades de los otros;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae en el camino

Jesús, doblado por el peso de la cruz, cayó al suelo. «Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca (Is 53,7).

«No me abandones, Señor; Dios mío, no te quedes lejos; ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación» (Sal 37,22-23).

Por nuestro desamor;
por nuestra frialdad en el trato;
por nuestra descortesía y acritud;
por nuestro desapego,
que no nos deja
reconocerte en las personas
y especialmente en los que sufren;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús encuentra a su madre

Siendo Jesús niño, el anciano Simeón en el templo había profetizado a María: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una

espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones (Lc 2,34-35).

Y a ella, a la madre, podríamos aplicarle las palabras antaño proclamadas por el profeta: «¿A quién te compararé, a quién te igualaré, hija de Jerusalén?; ¿con quién te equipararé para consolarte, doncella, hija de Sión?; pues es grande como el mar tu desgracia» (Lam 2,13).

Por nuestros desencuentros
y desentendimientos;
por alimentar rencillas y rencores;
por nuestros choques;
por nuestras rupturas y enemistadas;
por negar la palabra y la ayuda
a los hermanos;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

QUINTA ESTACIÓN

Un hombre toma la cruz del Señor

«Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo; y lo obligan a llevar la cruz» (Mc 15,21).

Pablo, buen conocedor de Jesús recomienda a los de Galacia: «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6,2).

Por nuestra falta de solidaridad;
por nuestra falta de unión;
por nuestras antipatías
celosamente cultivadas;

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es colgado de la cruz

«Cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda» (Lc 23,33). «Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8).

«Me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos» (Sal 21,17-18).

Por nuestros rencores;
por nuestra ira;
por nuestra violencia
manifestada a veces en palabras
y a veces en acciones;
por las pequeñas batallas
domésticas o de vecindario
y por las guerras
que asolan nuestro mundo;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

«Jesús, clamando con voz potente, dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró» (Lc 23,46).

«Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8).

Por la frivolidad de nuestros ambientes

por buscar sólo la vida fácil;
Señor, ten piedad.
R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de todo

«Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. 24 Y se dijeron: “No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca”» (Jn 19,23-24).

Jesús había dicho: «Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas» (Mt 5,40-42).

Por robar a los otros lo que es suyo;
por no defender los derechos humanos;
por los salarios indignos;
porque apoyamos
con nuestras actitudes,
unas estructuras, una sociedad
y un mundo cada vez más inicuos;
por nuestras injusticias
personales e institucionales;
Señor, ten piedad.
R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

Señor, ten piedad.
R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

SEXTA ESTACIÓN

Al ver a Jesús, una mujer sintió compasión y limpió su rostro

En una ocasión, Jesús habría contado aquella parábola: «un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas...» (Lc 10,33-34). Ahora fue una mujer la que sintió compasión por él y le enjugó el rostro con su lienzo.

«Y por último, —recomienda San Pedro en su primera carta— tened todos el mismo sentir, sed solidarios en el sufrimiento, quereos como hermanos, tened un corazón compasivo y sed humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto, sino al contrario, responded con una bendición» (1Pe 3,8-9).

Por nuestros prejuicios
que nos impiden sentir compasión
y actuar como el buen samaritano
y como Verónica;
por nuestros desprecios
hacia los que son de otra raza o color,
de otro país o condición social,
de otro partido o grupo,
de otro modo de pensar;
por rechazarte cada vez
que hemos rechazado a alguien;
Señor, ten piedad.
R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

Cómo se cumplen en Jesús las palabras del salmo: «Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos» (Sal 68,8-9).

Había dicho Jesús: «Habéis oído que se dijo: “Ojo por ojo, diente por diente”. Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra» (Mt 5,38-39).

Por nuestras mentiras y fingimientos;
por nuestras simulaciones
y por nuestras faltas de honradez;
por nuestra hipocresía;
por no aceptar nuestras debilidades
ni asumir nuestras culpas;
por responder a la violencia
con violencia;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

OCTAVA ESTACIÓN

Las mujeres de Jerusalén lloran por Jesús

«Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él» (Lc 23,27).

Dijo entonces Jesús: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos... porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?» (Lc 23,28.31).

Por nuestros fingimientos,
incluso en las cosas de la fe;
por nuestras lamentaciones,
que no conducen a nada
y nos dejan pasivos;
por nuestras cobardías
para plantarle cara a los problemas
y para llamar las cosas por su nombre;
Señor, ten piedad.

R./ SEÑOR, TEN PIEDAD.

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

Se cumplía en Jesús el cántico del Siervo del Señor: «Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron» (Is 53,4-5).

«La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco. Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. Soy un pobre malherido» (Sal 68,21.30).

Por creernos buenos;
por no reconocer nuestro pecado;
por nuestros desalientos
que desalientan a los otros;
por dejarnos llevar por la rutina
y apagar en nosotros el deseo
de la vida nueva que viene de ti;
por claudicar en las dificultades;